

¿SE AGOTA EL AUGE DE LA INVERSIÓN EXTRANJERA?

David Ibarra
21 de enero de 2003

La historia del financiamiento foráneo al desarrollo del Tercer Mundo ha cambiado sustancialmente en los últimos veinticinco años. En las décadas de los setentas y comienzos de los ochentas, cerca del 90% de los flujos financieros estaban constituidos por créditos sindicados de la banca comercial, unidos a préstamos de los países industrializados o de las instituciones multilaterales. El resto correspondía a la inversión extranjera directa y a algunas emisiones de bonos de empresas privadas. A partir de la crisis de la deuda (1982), los aportes de la banca comercial se redujeron en medida drástica, al punto de que no pudieron ser compensados por las instituciones internacionales, ni la inversión extranjera directa. Entre 1980 y 1990, hay una caída enorme (una cuarta parte) del financiamiento neto real a las economías en desarrollo.

A partir de los años noventa, el financiamiento al desarrollo se recupera, pasando de 100 a más de 200,000 millones de dólares hacia 1998 y luego se abate a 157,000 millones en 2001. Cambia, sin embargo, su composición. Los préstamos de la banca comercial registran cifras acumuladas negativas. Los flujos oficiales suben de 13,000 a 35,000 millones de dólares, como respuesta a las crisis financieras que se producen. En conjunto, los créditos fluctúan alrededor de 65,000 millones de dólares anuales para reducirse abruptamente en 2001 a sólo 3.4 miles de millones, como resultado del receso económico mundial.

La inversión extranjera directa y la de portafolio que en conjunto suben más de siete veces y media entre 1990 y 2001, pasan de 19 a 147,000 millones de dólares (con un máximo de 158,000 millones en 1997). Sin embargo, los componentes de este agregado

siguen tendencias encontradas. La inversión de cartera supera a la inversión extranjera directa hasta 1994, en el resto de la década cae estrepitosamente hasta alcanzar niveles negativos de 51,000 millones de dólares en 2001. Las crisis de México, Rusia y Asia jalan en sentido depresivo, mientras lo hace a la inversa el interés de las empresas para consolidar sus redes transnacionales, aprovechando los procesos de privatización de empresas públicas y de fusiones o adquisiciones de las privadas.

En suma, hoy por hoy, el financiamiento al desarrollo del Tercer Mundo descansa más que nunca en los flujos privados de ahorro e inversión. En el período 1990-1996, el apoyo oficial, incluido el Fondo Monetario Internacional, aporta poco más del 26% de las corrientes financieras totales. Después, las repetidas crisis bancarias y financieras las hacen crecer entre 35% y 41%. Sin embargo, el hecho más notable es el ascenso vertical de la inversión extranjera directa que la transforma en la fuente vertebral de recursos al desarrollo. En 1990, incluidos los flujos de cartera, no representaba más del 20% de los flujos netos para ascender en 2001 al 94%.

Acaso pudiera pensarse que esa situación habrá de prevalecer sin cambios en el futuro. Antes de llegar a conclusiones precipitadas, convendría examinar las motivaciones de los actores privados y evaluar la continuidad en el tiempo de esas corrientes financieras como base de sustentación a los intentos postmodernos de cerrar la brecha del subdesarrollo.

Hay dos fenómenos entrelazados que ponen en duda la capacidad de la inversión extranjera directa para convertirse en fuente permanente y suficiente de impulsos dinámicos al desarrollo. De un lado, están los procesos de privatización de empresas públicas y de adquisiciones y fusiones de empresas privadas que han inducido transferencias enormes de recursos entre países y empresas. De otra parte, está la

remodelación de los nexos interindustriales a escala planetaria que ha traído consigo la supresión de fronteras al comercio y la de controles a la inversión extranjera. Buena parte de los flujos de inversión se han dirigido a la formación de mercados universales sobre todo de bienes intermedios y del trabajo, aprovechando los diferenciales de precios, salarios y dotación de ventajas comparativas. Hay incentivos que se asocian a ganancias genuinas en la productividad en el uso de los factores productivos del mundo y reducciones de costos de otro origen, que nacen de estructuras dispares de remuneraciones a los factores productivos de los distintos países.

En ambos casos, las corrientes de fondos difícilmente sostendrán el dinamismo observado en la década de los noventa. Se trata de procesos de transición estructural que van cristalizando y consolidándose con el tiempo. A partir de ahí, las oportunidades abiertas a la inversión extranjera seguirán una evolución normal, más pausada, acompañando al desarrollo de mercados y países. Desde luego, hay todavía márgenes, particularmente en países con mercados enormes que apenas se incorporan a plenitud a los mercados globalizados, como China o la India. Pero hay otros, con mercados más limitados o que están a punto de finiquitar la privatización de empresas públicas o de ventas de empresas privadas que verán disminuir el ritmo de ascenso de los flujos de la inversión extranjera. En definitiva, se trata de procesos finitos cuya influencia tendrá que ser reemplazada por esquemas nuevos de financiamiento al desarrollo. Pero antes tendrá que transitarse por períodos de competencia exacerbada entre los países (por atraer los fondos disponibles) y de ajustes dolorosos por falta de acceso a los recursos.

Por lo demás, las repercusiones positivas de este período de auge de la inversión extranjera directa, han estado amplificadas o constreñidas por la contraparte obligada de las estrategias internas de desarrollo.

En todo caso, la inversión extranjera directa vía las empresas transnacionales ha sido el agente activo, estratégico, *sine qua non*, en el proceso de integración de las

economías en el mundo globalizado, así como en la transferencia de poder de los estados a los grandes actores privados del mercado. Es incuestionable que las empresas transnacionales forman la base de la reestructuración industrial del mundo, del impulso a la carrera tecnológica, de la eficientación productiva; inducen también la transformación de las sociedades avanzadas en economías de servicios, la migración de buena parte de su vieja estructura industrial a latitudes menos costosas, la formación de un mercado mundial de trabajo y la supremacía económica de las finanzas, la tecnología y los medios de comunicación que se cristaliza en la uniformidad ideológica globalizante.

Con relación al Tercer Mundo, la mayoría de los organismos internacionales, y muchos centros académicos de las naciones industrializadas con base en planteamientos teóricos y algunos datos empíricos, han formulado un planteamiento paradigmático sobre la apertura financiera y la inversión extranjera directa que parecen atribuirle permanencia indefinida y ventajas muy por encima de cualquier costo asociado. Con todo, la distribución de los beneficios de la liberación de la inversión extranjera --como los atribuibles a la abolición de fronteras comerciales-- ha sido asimétrica. Los países industrializados y sus empresas son los principales ganadores, aunque la concentración del ingreso, la inestabilidad salarial o del empleo y la recomposición productiva del planeta resultantes, les hayan creado dislocaciones internas.

En contraste, los efectos en las naciones en desarrollo muestran un panorama más complejo, variado y, en general, menos favorable. En algunos de esos países, los menos, la inversión extranjera directa se ha sumado constructivamente a los esfuerzos nacionales en favor del desarrollo. En otros, ha formado enclaves de modernidad que poco trascienden al resto de la economía. En unos terceros, se limita a tomar para sí la explotación de recursos primarios valiosos o a usar mano de obra barata. Del mismo modo, en esos u otros casos, la inversión foránea directa, aborda con fuerza la extranjerización de las mejores empresas públicas o privadas que abastecen a los

mercados internos, sin crear nuevas producciones, ni nuevos vínculos productivos con el exterior. A lo anterior se añade un hecho preocupante, el camino de la declinación del auge de la inversión extranjera directa y quizás el inicio de otro ciclo de endeudamientos foráneos.